

# *Geografía de la lengua*

ANDREA JEFTANOVIC



*C*

Editorial Comba



Nueve años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2023

Colección Narrativa

# *Geografía de la lengua*

ANDREA JEFTANOVIC

EDICIÓN REVISADA POR LA AUTORA



Editorial Comba

Imagen de la portada:  
Fotografía de Julia Toro, 1995

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Andrea Jeftanovic, 2007, 2023

© Editorial Comba, 2023  
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis  
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-124638-7-3

DL: B-3.304-2023

# Índice

I. Norte – Sur	9
Norte	11
Sur	49
II. Centro – Línea del ecuador	69
III. Occidente – Oriente	107
IV. Sur – Sur	161

Una vez, por cortesía, me enamoré de una extranjera, condición reversible de la extranjería: / yo para ella también era un extranjero. / Su lengua, que picaba como un áspid, / no era idéntica a la mía, / y yo, por cortesía, / dejé que fuera la suya la primera. / Amarnos fue comenzar por la letra a. / Hube de explicarle las crónicas medievales / y pronunciar, pausadamente, la palabra aproximación. / Se asombraba de mis íes / y del color de nuestros mares; / a mí sus eses me parecían demasiado fuertes / y me sorprendía el nombre de sus calles. / Su lengua —además de voraz— / era difícilmente traducible / y yo en vano buscaba equivalentes / para la frase: «Te amo. Tengo nostalgia de tus manos.» / Como ciegos tuvimos que amarnos / en códigos diferentes / y no estaba siempre seguro de que ella me entendiera.

‘Las leyes de la hospitalidad’

*La nave de los locos*, Cristina Peri Rossi

**I**

**Norte – Sur**

## Norte

Un beso en el aeropuerto. No uno cualquiera, sino un beso en la sala de espera, un segundo beso en el mesón de la aerolínea, un beso final en la puerta de embarque de un vuelo de conexión. Me besó sin entender bien lo que decía, ni las preguntas que intentaba hilar en su idioma. Beso eficaz. Beso de labios juntos, tiernos y tibios. Me besó de nuevo, sabiendo mascar mi labio superior en el lugar preciso en que se une con la válvula del deseo. No un beso cualquiera, dado un día cualquiera. No, un beso el martes 11 de septiembre del 2001. Desde ese día tengo a Alex en la punta de la lengua. Allí en su punta, la lengua palpa, guarda el secreto, eso que no se puede pronunciar en la cavidad vacía de la boca. Pero su lengua era un amable molusco que se enroscaba hacia Moscú, hacia la fisura de Constantinopla. Desde que nos conocimos y supimos que no hablábamos el mismo idioma, estipulamos el orden de las frases, el ritmo de las pausas, el momento del punto final. Nunca mejor empleado un verbo, nunca mejor



elegidos los sustantivos. Articulaba las palabras como si los diptongos fueran bisagras. La voz de un extranjero, la entonación de un extranjero. Escucho sus frases amparadas en el alfabeto latino. No puedo escuchar de corrido sus oraciones, redondeo las frases, me detengo más de lo habitual en una pausa que equivale a un punto, perfilo las comas cuando dice algo semejante a «Sara, extraño lo que no hicimos».

Conocí a Alex como acompañante de asiento en un avión en dirección al Norte. Despertaba de un mal sueño musitando palabras. Luego, juntó las manos sobre el vientre en señal de malestar. Me miró de soslayo, incómodo. Tomó un periódico y se concentró en una noticia sobre el precio del petróleo. Por debajo de las hojas le di un dulce cubierto de azúcar. Disolvió los cristales enrollando su lengua contra el paladar. Me agradeció bajando la cabeza. Espiaba su perfil detrás de una página desplegada que anunciaba que el barril de petróleo había ascendido a treinta y nueve, cincuenta dólares. A medida que descifraba el significado de la frase notaba que las náuseas se iban disipando porque su rostro recuperaba color. Miró el envoltorio del caramelo, vio las letras y declaró con un acento de eses y equis profundas: «Me interesa el español, es un idioma extraño.» Permaneció impassible durante el desarrollo de la frase, cuidándose de no realizar ningún gesto. Le respondí: «Qué coincidencia, yo soy profesora de castellano.» Los bordes de las frases se amplían y él agrega: «Lo he estudiado por mi cuenta.» Pero qué quiere decirme exactamente. ¿Le interesan las palabras

como sonidos o dibujos? Tradúzcase lo que tiene que ver con las líneas sobre el papel. ¿Le interesa la versión posible? En ese momento las turbinas se activaron. Se encendió la luz de los cinturones de seguridad. Un mapa iluminado en las nimias pantallas escenificaba la trayectoria en el cielo. El avión era un pequeño vector que se hundía en el continente.

Tocamos tierra. Abrieron la puerta para desembarcar. Se paró deslizándose una tímida sonrisa, tomó su maletín negro y salió. Me levanté tras él. Caminé lento hasta la sala de trasbordos. Él estaba apoyado contra el ventanal mirando la pista de aterrizaje. Parecía estar esperándome. Tenía el rostro fresco.

Me miras, me preguntas si voy a la ciudad de destino del vuelo o es una conexión. Por tu acento sé que mi lengua no es tu lengua. Dices las palabras de otro modo, separas las sílabas en otros compases. No acentúas bien las palabras, pero se nota que has estudiado, has viajado, sabes. Yo no intento hablar en tu lengua, sólo consigo entender vocablos aislados, construir toscas frases. Entonces hablamos en la lengua franca, el idioma de este territorio que no es mío ni tuyo. Aunque intentábamos expresarnos con precisión, el no comunicarnos en nuestra lengua surtía un efecto liberador. Nos permitía hablar despreocupadamente sin presiones de acento ni de entonaciones. Nos movíamos en medio de una viscosidad de palabras, naufragos del abecedario. Me fijo en sus dedos largos, alcanzo a divisar los vellos oscuros asomándose entre la manga del suéter y el

reloj cuadrado. Son las ocho y cuarto, mi vuelo está pronto a salir.

Digas lo que digas, la línea recta sobre la que caminabas se torció cuando nos vimos. Capté el momento preciso en que yo te recordé a otra persona, de otro tiempo y en un remoto lugar. ¿Somos el recuerdo de alguien que hemos olvidado? Avanzabas dibujando con tu andar pausado una curva o una elipse sobre las baldosas, y no una curva o una elipse para alejarte de mí, sino una curva para rodearme. De lo contrario nunca nos habríamos encontrado, porque tú te ibas a apartar como quien se desplaza de un punto a otro, como quien espera un vuelo de conexión y pasa por el aeropuerto de una ciudad en la que se detiene o uno pasa, pero no conoce, ¿o tú dirías que conociste Dallas? Yo no habría podido alcanzarte, ya que me desplazo lentamente en dirección opuesta. Tú no te has desviado porque toda línea curva existe con respecto a un plano y nosotros nos movemos según dos planos distintos, y porque a fin de cuentas sólo existe el hecho de que tú me has mirado y yo he interceptado esa mirada. En un principio esa línea era relativa y compleja, ni curva ni recta, sino un punto que se resumió en un beso en la boca.

Me quedé un minuto o dos sin decir nada. Intercambiamos datos y coordenadas y partimos rumbo a nuestros casi opuestos destinos. No me abrazó, me tomó las manos por unos segundos. Levantó su maleta y yo me encogí de hombros. Sí, a Alex lo tengo en la punta, de rehén en mi paladar. Prisionera su palabra en la cuenca de mi boca, su idioma invade mi garganta,

tensa las cuerdas vocales. ¿Cómo se dice esto en una lengua extranjera?

Alex viaja al Noreste, a su casa. Yo, al Suroeste, donde he vivido siempre. Alex se va y me deja con palabras a punto de ser pronunciadas, la boca semiabierta, con la lengua enredada. Me da una última mirada que traza una línea del cuello hasta el pubis, para detenerse en el ombligo. Es preciso que lo vea de nuevo, que le diga, que le hable. Es preciso que cierre la boca.

Minutos antes de las nueve de la mañana, hora local, un avión se estrella contra una de las torres gemelas en Nueva York. Noventa y dos cuerpos se precipitan contra el rascacielos. Pocos minutos después, cuando las cámaras de televisión retransmiten las primeras imágenes, un Boeing 767 con cincuenta y ocho pasajeros y seis tripulantes embiste el segundo de los edificios. Las dos torres, de ciento diez pisos, se derrumban una hora después del impacto, en una ola de humo, polvo y escombros. Esto ocurre cuando viajo por los cielos rumbo al Sur. Aterriza el avión, los pasajeros vemos desconcertados lo que retransmiten las pantallas de televisión en los pasillos del aeropuerto. Un avión con un piloto iracundo decidido a invadir las entrañas de un edificio. Alas, turbinas, fuselajes penetran en las estructuras metálicas, pulverizan los vidrios polarizados, desgajan los pisos. Una turba de bomberos se dispersa entre los escombros. Tomo mi maleta y marchó rápido a casa.

Apenas entro al departamento suena el teléfono. Es Alex. Quiere saber si me he enterado de las noticias. Si he llegado bien. Que por unas pocas horas pudimos haber estado en medio de esa batalla en el aire. Un escalofrío me tensa la mandíbula. Respiro para recobrar

la voz. Le pregunto si ya se le pasó el malestar que tenía en el avión. Dice que está mejor, aunque las náuseas no se disipan del todo. Piensa que es sólo fatiga y que ya estará bien. «Me gustó escucharte», dice. Su voz me deja inquieta. El televisor insiste una y otra vez en la misma imagen: un avión que atraviesa una torre de vidrio y acero. Otro avión que repite el mismo gesto y miles de rostros mirando el cielo.

Un cuerpo señala la fragilidad del poder. Un cuerpo que es una potencial arma desestabiliza los sistemas, un aparato político. Un cuerpo se abre paso entre andamios, pilares y revestimientos de acero. Estallido primero. Un cuerpo estudia qué ángulo adoptar para ser invencible. Alas, turbinas, fuselajes. Estallido segundo. No hay sujetos. Sólo hay ciudadanos con prefijos. Estallidos. Caer, no del segundo piso ni del sexto, sino del vigésimo quinto.

No hago caso a lo que dicen los diarios esparcidos con sus titulares apocalípticos. Una fotografía borrosa, un puñado de últimas frases demasiado similares entre sí. Pasajeros convertidos en rehenes cuyo cautiverio toma lugar en el cielo. Pero no hay rescate, sino sacrificio. No hay rescate pese a que los pasajeros no contradicen a sus captores y siguen sus instrucciones. No hay rescate ni negociación entre cuchillos metálicos para comidas de plástico. No hubo estridencias en plena noche ni hombres de expresión pétrea con abrigos de cuero ni vecinos atemorizados que atisbaban por las mirillas. No hubo rotura de puertas, ni siquiera puñetazos en las puertas. No hay rescate sino el sacrificio de cientos de

personas que se estrellan contra una torre con las manos arriba. Un avión aterriza como un pirómano exhausto.

El precio del barril Brent —el petróleo que proviene del Mar del Norte— se disparó en el mercado de Londres tan sólo unos minutos después de conocerse que el primer avión se estrellaba contra las Torres Gemelas. A las cuatro de la tarde, el precio del barril de petróleo subía 3,55 dólares, alcanzando los treinta dólares. Mientras las bolsas se desplomaban, las empresas que comercializan el hidrocarburo subieron de precio en los mercados.

Alex me espera todas las noches, todas mis tardes, al otro lado de la pantalla. Así, entre líneas, sorteamos la distancia y la espera. Hoy me despierto con la hora en el rostro, trasladándome a cualquier lugar por esta máquina que dispara mensajes, recados, conversaciones. Creo dominarla, creo que me lleva a donde él está, pero es un artilugio. Hacemos estallar la letra en el monitor blanco y titilante del computador.

Espero sus mensajes rezagados, sigo el ritmo invisible de sus dedos, la demora de sus pensamientos. A veces escribe mensajes en su lengua, extensos, articulados. Yo consulto el diccionario. Otras veces son en mi idioma, breves y fragmentados. Alex escribe prolijamente, sin faltas de ortografía, con imágenes. Dice: «Extraño lo que no hicimos.» Insiste: «Guardo la fantasía de juntarnos en alguna parte, aunque parece poco factible que sea pronto.» Extraño lo que no hicimos, repite; todo es un círculo, eventualmente vamos a coincidir. Declara: «No puedo evitar el gesto de acariciar tu rostro en el monitor, en este reverso ficticio.»

Guardo silencio, estoy esperándote al otro lado de la pantalla, es mi turno. Escribo: «Alex, estamos tan lejos uno de otro.» Te escribo y las palabras se despeñan por



un precipicio, no logran fijarse en el cielo. En cambio, tú que escribes desde el Norte dejas caer tus palabras con velocidad. Escribo en posición invertida y las ideas se fugan de mi cabeza. Hablo en la primera, en la segunda lengua. Tecleo al ritmo de desordenados pensamientos. Apoyo suavemente la yema de los dedos sobre el teclado. Desde aquí te pienso y te escribo, sentado frente al computador, un ojo sin párpado que transmite emociones, noticias, hechos. Su zumbido atraviesa las veinticuatro horas del día de un tiempo con dos relojes. Te dejo mensajes, calculo horas, sigo el panorama climático de una ciudad que no habito. Pero hoy me fijé. Allí estaba yo, allí estabas tú, estábamos los dos, juntos, sosteniendo una línea tenue en la red, transversal como un meridiano. La línea más delgada que dibuja esta ficticia mesa de encuentro. La esquina para apoyarse y mirar dentro. Una ventana que se minimiza, se superpone y se despliega en un juego caleidoscópico. Un tragaluz de mensajes personales, periódicos del mundo, la canción que resuena de fondo, cifras bancarias. Un mosaico de ventanas que despliegan una dentro de otra.

Cuando estoy frente al computador no sé si te escribo a ti o me escribo a mí misma. ¿Se siente con los dedos? ¿Se piensa con las huellas dactilares? Tal vez registro todo en este diario y tú eres un lector autorizado. En un punto la historia gira y parece habitada de mensajes anónimos. Te advierto que en mis manos esta historia puede cambiar. No respondes. Habíamos intercambiado treinta y seis frases antes de que me dejaras sin poder hilvanar la historia con tu punto de vista. Todo ocurrirá,

finalmente, como si acabaras de decir «me interesa el idioma español». Aunque lo escriba ahora muchas veces, recargando el texto de comillas, de comillas entre itálicas, de corchetes, de gestos pintados..., creo que al final descifraré el sentido de la frase. Presiono la tecla, cierro la cortina, cae. La última letra detona el fin del enunciado y se cierra la pantalla.

Abro las cortinas de mi casa y miro por la ventana que da al jardín. Veo a un adulto besando a un niño. El adulto se toca los genitales bajo la tela del pantalón. Lo miro espeluznada. Las sílabas se oscurecen en el monitor y la boca del adulto me dice algo moviendo los labios y sacando la punta de la lengua. Más allá, un joven se acurruca en el suelo con ilusión de apoyarse contra una pared. Una niña se anida en el regazo de su padre, una mujer contra la pelvis de su novio. Habitantes convexos por una desnutrición endógena de un hemisferio que siempre está en vías de desarrollo. Cuerpos esculpidos como siluetas zancudas por un artista rabioso. Ésta es la ciudad pantalla, la que se proyecta, aunque no quieras. Otra forma de ser chileno, holandés, egipcio. Un sentimiento de vergüenza de uno mismo. Un nuevo danés, un nuevo canadiense. La letra se hizo opaca, la boca yerta. De los ojos te fuiste a la boca, a los labios, a la lengua.

## Editorial Comba

1. Tomás Browne  
*Las semillas de Urano*
2. S. Serrano Poncela  
*La raya oscura*
3. Enrique Lynch  
*Nubarrones*
4. Juan Bautista Durán  
*Convivir con el genio*
5. Andrea Jeftanovic  
*No aceptes caramelos de extraños*
6. Rosa Chacel, Ana María Moix  
*De mar a mar*
7. Matías Correa  
*Geografía de lo inútil*
8. Rosa Chacel  
*La sinrazón*
9. Ernesto Escobar Ulloa  
*Salvo el poder*
10. Alfonso Reyes  
*Memorias de cocina y bodega*
11. Esmeralda Berbel  
*Detrás y delante de los puentes*
12. Ignacio Viladevall  
*Luz de las mariposas*
13. Tatiana Goransky  
*Los impecables*
14. Andrea Jeftanovic  
*Destinos errantes*

15. Federico Valenciano  
*Frontera con la nada*
16. Constanza Ternicier  
*La trayectoria de los aviones en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez  
*Metales rojos*
18. Rosa Chacel  
*Memorias de Leticia Valle*
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*Un nido de agujas en el colchón*
20. Tomás Browne  
*Silbar los viajes*
21. Tatiana Goransky  
*Fade out*
22. Karla Suárez  
*El hijo del héroe*
23. Daniel Mella  
*El hermano mayor*
24. Daniel Mella  
*Lava*
25. Miki Naranja  
*Palabras de perdiz*
26. Esmeralda Berbel  
*Irse*
27. Jimena Néspolo  
*Las cuatro patas del amor*
28. Juan Villa  
*Voces de La Vera*
29. Silvia Eugenia Castellero  
*Eloísa*

30. Karla Suárez  
*Habana año cero*
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz  
*El lanzador de libros*
32. Osías Stutman  
*Mis vidas galantes*
33. Rosario Izquierdo  
*El hijo zurdo*
34. Daniel Mella  
*Trilogía del dolor*
35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall  
*Epistolario*
36. Juan Bautista Durán  
*Tantas cosas dicen*
37. Rosa Chacel  
*La confesión*
38. Rosario Izquierdo  
*Lejana y rosa*
39. Flavia Company  
*Dame placer*
40. Esmeralda Berbel  
*Habitarlo todo* seguido de *Calma corazón, calma*
41. Miguel Ángel González  
*Un nublao de tiniebla y pedernal*
42. Flavia Company  
*La dimensión del deseo por metros cuadrados*
43. Juan Villa, Constanza Ternicier, Karla Suárez,  
Ana Santamaría, Andrea Mayo, Miguel Ángel  
González, Ernesto Escobar Ulloa y Juan Bautista  
Durán

- De la solastalgia*  
*ocho relatos naturales*
44. Andrea Mayo  
*La planta carnívora*
45. Ricardo Martínez Llorca  
*El viento y la semilla*
46. Valentina Marchant  
*El reverso del agua*
47. Juan Manuel Zurita Soto  
*Arauco*
48. Osías Stutman  
*El mar de Bohemia. Poesías completas 2003–2022*
49. Ana Santamaría  
*Libres*
50. Andrea Jeftanovic  
*Geografía de la lengua*

Sara y Alex se conocen en un vuelo internacional en los inicios del siglo XXI. Ella es del Sur, él del Norte. Sus vidas se cruzan en el cielo y sus lenguas lo harán en la tierra, en una historia de distancias donde los atentados de Nueva York, Madrid, Beslan y Londres darán el contrapunto a un amor que es también global y depende del precio del crudo. La revisión de lo amoroso se transforma en esta novela en un pretexto para hacer confluir discursos emocionales, geopolíticos y biológicos a través de la lengua, órgano de la comunicación verbal y erótica. Y de tanto transitar de una lengua a otra, Sara y Alex crearán un idioma personal, una tercera lengua. «Inventamos una globalización íntima.» Pero este amor, construido entre vuelos y mensajes en la pantalla del ordenador, no se librará de los avatares del destino. «La escritura de Andrea Jektanovic es precisa y delicada, una suave carcajada de los dioses ante el sueño siempre inocente de los enamorados» (M. A. De la Parra, *La Segunda*). «La geografía se vuelve líquida, fluida, encuentro, mientras que el cuerpo se vuelve ciudad, país, continente... bajo la constante amenaza del terror, la violencia y la muerte» (María José Navia, *New York University Press*).



9 788412 463873



Nueve años saltando a las letras hispánicas  
2014 - 2023